

EL FRUTO DEL PARAÍSO





EL ÁNGEL Editor

Av. 6 de Diciembre N24 412 y Cordero

Telf. 2554901 / 0998111118

Quito – Ecuador



EL FRUTO DEL PARAÍSO

Tannia E. Rodríguez

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN: 978-9942-965-41-7

Editor:

Xavier Oquendo Troncoso

Diagramación de interiores:

Imprenta Dikapsa 062 924 887

Diseño de portada:

Álvaro Mera T.

Quito, mayo de 2015

EL FRUTO DEL PARAÍSO
Tannia E. Rodríguez



LA GRAN OSADÍA

I

Y
el mar se durmió
sobre ese tiempo
y fue la primera vez que no pude escapar
y tropecé con la derrota,
definitiva,
limpiamente fulminante

y tú,
prendido sobre mi carne crispada

Y yo
escapando por siempre a tu deseo.

Y
me niego al abismo,
porque sabes bien que daría lo que me sobra de eternidad
para salvarte del mar en que sucumbes.

Pero nuestro fruto está muerto:
ya detuvo su carrera.

II

Extendió la mano hacia las sombras
y arrancó el fruto
que pendía del silencio.

Ahora sé que nos abandonó la inocente indiferencia,
que nuestros pasos se han fraguado en la semilla de un fruto
cuyo brillo esconde el sufrimiento
de por fin pensarnos y sabernos

-como pensamos y sabemos los secretos de otros seres
que también han de caer con nuestro oprobio -,

y ya nunca faltará un dolor para abrazarlo
a las cosas que heredamos;
porque son ahora frágiles
se han inscrito ya en el tiempo,
y su memoria se acuña en las palabras
disfrazando la muerte
con la ansiosa apetencia de la vida.

Mas,
detrás de su cariz se esconde la sentencia
y nada importa lo que digan
-ni aun de la belleza-,

para mí,
solo existe el destierro
levantando el polvo del caído
y solo la tristeza de estar enfermo

me acompaña
a recordar el esmeralda color de los ramajes
en donde se enreda, una vez más,
el brazo de mi Eva.

Pero,
ignora que somos muerte,
vuélcate al sabor de lo que, al caer del día, nos aguarda,
cuando con las sombras busquemos disimular el fruto
que ha engendrado este destierro.

III

Hay una estepa
donde no caben ya las osadías,
y una muralla de fuego
impide el paso de lo que ya no cicatrizará
sobre el rostro del destino.

El tiempo nos asedia
como hilando un cántico sobre el cual hemos resuelto
dejar de entonar las voces junto al fuego,

pero está ahí, bajo nuestras pisadas
está ahí
para injuriar nuestra existencia

ya sin aparentar huir de nuestros sentidos
sin recelo.

Y son nuestros huesos los que van a dar la cara a la impotencia,
al odio que se cierne en la vergüenza
de sentirnos de una vez esclavizados.

Ya habíamos pensado:
la victoria está aquí para tomarla,
la creímos de perfil entre las sombras,
caminando segura junto a los olivares,
saltando bajo la lluvia.

Y otra vez...

solo hemos persistido en este juego
por el temor de exhibir nuestras miserias
ocultándolas entre los intersticios de nuestras caras
defendiendo la oportunidad de escapar o la desgracia.

Y yo
he llamado al beso a un hombre
que no piensa como yo,
que se multiplica desde abajo enterneciendo la mirada
y no siente como yo.

Y sé
que no es solo él quien me habita
sino su imagen aprisionada tras mi sueño,
y sé es un hombre eterno solo por su semilla
que se separa del tiempo
para temblar pálida entre mis manos.

CANTO FUNDACIONAL

I

Las calles se abrazan a la efervescencia del tiempo
 que se esculpe entre los riscos
 y la palabra se deja caer sobre las rieles,
 sobre el polvo de las piedras,
 sobre el metal que oxida
 la elocuencia de sonidos
 que hasta entonces parecían indefensos.

Se erige otra vez, frente a nosotros, la palabra
 que dada a los días lastima la desnudez delgada de las ramas
 y enluta la semilla que reposa entre las hojas.

Y no es, quizá, solo la muerte lo que aún nos late dentro,
 sino el deseo de trajín y nuestra fuerza,

porque ya no anhelamos lo eterno
 ni es solo el peso de su saciedad,
 lo que, al descubrir esmero ajeno,
 otros hombres abandonan.

II

Esta es la tragedia:
 el hombre no permanecerá incólume
 la grima se abrazará a sus alas para obligarlo a ceder
 frente al guerrero de rostro altivo
 que lleva cuenta cierta de las derrotas y los triunfos
 antes de la última faena.

Y ya otros han sido destinados para tomar nuestros lugares.
 Sus siluetas se asoman a juzgarnos en el tiempo,
 pero también su destino es como una pequeña roca acogiendo a los
 segundos,
 como un cementerio de espacios latiendo en un abismo.

Y yo conozco los ardides del reloj:

la memoria está detenida sobre mi frente y, a pesar de que el universo
 me es amado,
 lo sé solo una aglomeración de cosas muertas.

III

El tiempo es un ardid que ha sembrado entre nosotros más silencio,
y que ahora nos empuja al ingenuo juego de los días
por los que,
aun sobre las lágrimas,
abrazamos todo esfuerzo.

Es domingo sobre el fruto que se oculta entre las hojas muertas.

La soledad se riega en el vientre del tiempo
y nos engaña cuando funde su aroma en la palabra,
cuando penetra desde las ventanas
y toma el nombre del futuro
para proponernos una enmienda.

Pero, ¡qué solo está el que muere
desde que se anunció es preciso que la carne sea probada ante
los ojos del vigía!,
¡desde que tenemos que ver caer nuestro barro temeroso!

Sé que las cosas
-que han de perecer con nuestra muerte-
nos lastiman la piel con su belleza,
y hay un confín que nos separa de la palabra que acuñó su inicio
porque también fue herida en el abrazo del júbilo que fingía nuestro
fruto.

¡Y qué incierta es la labor de la luz perdiéndose al final del veredicto!,
pues no está claro que el lamento se embriague con la maldición
que se regó en mis manos desde el fruto.

Y no hay lágrima que enmiende esta condena
ni que limpie mi frente
inclinada hasta el polvo,
como reconociendo el primordial origen,
sin poder evadir el odio –ni aun, el de las bestias-,

porque el tiempo es una llaga común en la sangre, que se riega
precipitándose hasta el fruto,
que nos hace compartir
-incluso, con los brutos-
la materia.

ADÁN
CANTO AL SER CONSCIENTE

I

Somos residuo medido
con el polvo en la balanza que la lluvia barre,
cristales que pierden su sal en el paseo
por los pedernales hoscos que también perecen.

Apenas imitamos el llanto de los otros.
Apenas aprendemos su deseo de fuga hacia lo eterno,
porque no nos hemos saciado aún,
y tenemos ya que despedirnos.

Porque solo somos
siluetas cinceladas sobre roca,
lágrimas agitándose en caída al precipicio,
ecos que se pierden
en la distancia.

Porque somos solo
imágenes suspendidas
en la inmensidad de una espera vacilante,
de ojos que parecen preguntar por el porqué
de la grandeza en lo que muere.

Porque solo somos muerte aunque añoramos lo eterno.

II

Tu nombre se confunde
entre los nombres de lo inerte: es siempre Adán,
percedero agitarse de las hojas en caída.

Adán,
pequeño rastro de sangre barrido por el invierno,
o guijarro lanzado al infinito que escasamente reconoce el sonido
de mi voz,
herencia de un escalofrío lúgubre que el viento
se ha negado a detener.

Y
tus ojos de tarde
son la timidez del tiempo
que apenas asomando al alba
empieza a despedirse.

Porque, Adán,
no somos eternidad, sino solo el murmullo de las olas.
No, el sostén de una nota que se extiende al infinito en glorioso eco,
sino el remedo fugaz de su adorado sueño,
cascabeles y panderos
latiendo al compás
de los adioses.

III

¿Y qué importa, entonces, ya la solemnidad y lo perfecto?,
¿qué, su apetencia rasgándose en el tiempo?,
¿qué, esa sonrisa que se insinúa
 como el último tributo a nuestro aliento,
 como un impuesto a su paso de vaho enfermo,
 sosteniéndose sobre los vidrios?

IV

Tu figura se funde con la noche,
entonces
se reparten inesperadas luces sobre tu cuerpo cansado,
sobre tus ojos que solo desde ayer
 juegan con la luna y sus espejos.

Tu figura es un ave nocturna
que se bate con la luz y con el viento,
 que me hace olvidar el lenguaje de las hojas arrancadas
 y sueltas en el remolino de los días,
 o las lacras de la piel
 sitiada desde que inició este tiempo.

 Porque sé que el peso de los días
solo está dominándonos cuando caminamos
bajo el sonido que mide las estaciones tristes
bajo el viento de los inviernos
que solo están
cuando alguien que amamos
 los inventa.

V

La muerte ha estado cerniéndose como un manantial entre las rocas,
como una danza de sombras heridas que esconden su paso
entre las piedras.

¡Qué la muerte retire
ese pose cortés y solemne
con que teje mi cuerpo!

Para mí,
aún eres como el mar
que por su abandono se vuelve sombrío y avieso
y que tiende sus trampas a mis pies
para hacerme creer que hay una enmienda.

(Tal vez solo convenga olvidar
que esta lucha no tiene otro fin más que la muerte
porque el aun el amor no esconde otro propósito
que el evadir inútilmente
nuestro hallazgo
en la más común de sus sentencias).

Para mí
aún eres viento
soplándose entre las ascuas,
revolviendo las cenizas,
carcomiendo la carne
que se oculta del sol entre la madura viña.

Pero, hay entre nosotros un espejo
que ha sido fundido en la niebla
que nos induce a entrar en la mañana
y subyugar el despojo de la vida
que, entre los puertos,
va creciendo,

Rodeamos las cosas que aparentemente no fenecen
que simulan extender sus raíces hasta tocar el cristal que detiene
la carrera del tiempo,
del brillo de su gema antigua reposando entre los tallos de nuestras
cosechas
como cosa vana;
pero, es oscuridad que crece con el poder del fruto hurtado
que busca silenciar sus pasos,
ahogarlos como aguja de hierba
debajo de las rocas.

Incluso el polvo y las piedras
son las máscaras que el tiempo pervierte
con su grima de años reposando en la memoria,
hundiendo en mi pecho su carcoma.

Y nuestra palabra ya no se rebela,
y finjo desconocer el peso que han dejado sobre mis rodillas los
días del lamento
y finjo que este peso no se insinúa como el origen de este tiempo
ni rasguña sus dones encima de mi suerte.

¿Y tengo que morir asintiendo que otras manos destilen la sangre
de mi cuerpo?,
¿y tengo que sepultar mi fuerza en otro barro, para aceptar el fango
que me finge amparo
que tiende, hacia mí, sus brazos para hacerme tropezar con sus ofertas?,
¿para hacerme creer que es fácil aceptar la misión de intentar otro fruto
en este baldío y ciego suelo?

¡Rueda lágrima!
¡carcome la silueta que alguna vez amada y en fuga
renunció a su lucha contra el tiempo!,

¡rueda!

¡y rastrilla sobre mis pechos
tu inútil remordimiento!

Todavía tengo que odiarte
por las paredes de estas ciudades y sus ecos
por la memoria que registra tus gestos en los rostros de los niños.

¡Adán!

¡Lágrima suspendida en la distancia!,

¡silente retroceso del polvo marino
que escapó las olas!

Aunque hayas caído sin retorno hacia el laberinto del destierro
sigues siendo lágrima de mis ojos
que jamás reposará en la palma de mi mano,
velero empujado por la fuga
que fundó la historia,
estrepitoso viento
que puebla los caminos del universo.

VI

Me estremece pensar en el sepulcro
y su embadurnada fragancia
de adioses y flores viejas
extendiéndose sobre el dorso de la luz
o cayendo como lluvia
sobre nuestras pequeñas parcelas.

De pie frente al porvenir tu faz se ve cubierta de cansancio
y qué terrible acento tiene tu nombre al final
de su eco que desmaya

o de tu mirada medida desde el filo de mi espejo.

Soy Adán echado fuera del paraíso, dices

(y no hablaré de melancolía,
no, de derrotas
ni diré dulces palabras que intentan un desagravio;
es más, no diré: te lo dije...
no preguntaré quién ha de devolvernos el tiempo
regado en mi frente y tus cabellos).

Estamos fuera del paraíso
sentados junto al muelle agitamos los pañuelos a las cosas que se van
esperando el embarque también de las promesas
que solo fueron argucia y despedida.

Estamos fuera del paraíso...

Es el minuto que dedico a lo fallido,
minúsculo trozo de tiempo que hoy tiritita
empapado por el vaho de las lágrimas.

¡Eras hermoso cuando eterno!,
cuando crecía mi voz al amparo de tu sombra
y como un puñado de ciruelas rodaba entre nosotros el deseo.

Pero esto es solo el salario que abrazamos
estamos fuera del paraíso.

PRESAGIO Y MUERTE DE ABSALÓN

*“...Voy a hacer que el mal contra ti surja de tu propia familia,
y en tu propia cara tomaré a tus mujeres y se las daré a otro,
el cual se acostará con ellas a plena luz del sol.
Si tú has actuado en secreto
yo voy a actuar en presencia de todo Israel...”*

Samuel: 12, 11-12

COLOQUIO DE ABSALÓN

I

Nadie sabrá que el perfil de tu rostro es un rayo de luna que jamás el amor ha tocado
porque es torpeza de los hombres el querer atrapar con las manos la hermosura
se convierte en amenaza el deseo
y la belleza se vuelve solo una máscara.

Llora, Tamar

También Amón sueña contigo
*(y en otros siglos
el cortejo que conduce a Dina
la tributa con la muerte de ochocientos hombres de Jevea)*
mas,
lo despierta la mano de Absalón sobre su pecho.

Llora, Tamar,
ese luto que se oculta tras la sombra
que alimenta la borrasca

aunque lo llamen amor,
no redimirá el brillo
que le han robado a la luz del alba
donde crepitan
los últimos fulgores de una agonía
abandonada casta.

CANTO DE DAVID.

*“No me ha ofendido un enemigo, lo cual yo podría soportar;
ni se ha alzado en contra de mí el que ha dicho que me odia, de quien yo podría escon-
derme. ¿Has sido tú, mi amigo, mi compañero, mi hermano... a quien,
entre la multitud, me unía una tierna amistad!*

Oración del Perseguido
(Salmo 54)

I

Para ti,
había dispuesto la primicia del fruto que abraza el sol en sus ramajes
pero veo que siempre habitas en la aflicción que volcada a la sombra de
mi puerta repta sigilosa como una esclava ofendida.

¿Pasará mi dolor sobre estos siglos?

Maldito sea mi dolor
y malditas, las lágrimas que han cubierto los valles de Barium
porque tu mano ha sido escogida
para blandir la espada en contra mía

Malditos sean,
por tu causa,
el camino ya andado y el recuerdo
que me halla invadido por la sombra de tu historia,
porque has decidido marcar en mi rostro
esta agonía

II

Tu nombre es felonía,
escrita ocre sobre un ruinoso pergamino
o expandida sobre el aire como una triste heredad.

Es mi vigilia.
Sé que el olor de tu nombre ha penetrado ya los muros
de esta ciudad ahora dormida;

pero yo,
que recuerdo su sabor entre mis dientes,
reconozco entre nosotros el dolor ulcerándonos los huesos,
yo lo llamo *la traición de los más íntimos*
y callo.

Mas,
¿quién podría impunemente
ahogar tu nombre en mi garganta?

III

*“El rey se conmovió,
subió a la habitación de encima de la puerta y se puso a llorar.
Y decía sollozando: Absalón, hijo mío. Hijo mío, hijo mío, Absalón!!!”
(Samuel: 19, 1).*

Sobre el borde de mi mesa,
mientras se ocupan del murmullo
los ojos de mis guerreros
me huyen.

Alguien ha depositado,
sobre la herrumbre de este tiempo,
la palabra
y en ella nos es fácil tropezar
porque hemos aprendido
a significarla con los actos
en el temor de su cuidado
y el poder de su atadura.

Ya entre nosotros,
hay hombres que han callado obligaciones
más pesadas que el barro en sus años

sin embargo,

¿de qué sirven las palabras
cuando hay quienes, como yo,
sienten no haber consignado nada,
en la hilera de estos siglos que se escapan?

IV

¿Habrá algo que consuele la tristeza guarnecida
en esta arpa que, melindrosamente,
estruja su melodía en mi garganta?

Ni el ardoroso resoplido
que las bestias reparten sobre el sereno
recreando nuestras formas,

ni el canto
con el que las mujeres de mi casa adormecen
la angustia de una traición instaurada
solo a causa del que ama,

ni el juramento de Joab
expandiéndose sobre los campos
como una maldición

Nada podrá
remediar este diluvio que inventaste:

todos lo hallarán como un sueño de gloria
enquistado en el silencio.

V

Junto a la puerta de la ciudad,
cuando no penetra la luz
y el aire se torna denso,

entre la polvareda que han levantado
los cascos de nuestras bestias,

se ocultan las llagas
con temor;

y donde se enjaula el silencio,
las voces de los jueces
dictaminan su sentencia.

Aquí,
donde las líneas han dejado de escribir
la cálida expresión de los rostros,
se derraman los gestos de las máscaras.

Y donde se ha escondido el dolor
se revelan las siluetas de los hombres separadas
de las sombras que las proyectaban altas.

El rictus ansioso
del que busca el cálido albor de la dicha
pretende olvidar que llevamos,
del final de este éxodo,
su marca.

VI

Es nuestra hora.

He visto,

frente a las callejas
donde ha estado varándose el tiempo de mi espera,

empalmarse
los ritos popularmente cantados
entre murmullos lacónicos
y el sopor vespertino
que ha atosigado la paz
conseguida con agonía.

Ahora,
reconozco, en medio de la penumbra,
el brillo de tu cuerpo;

sin embargo,
conozco la sentencia:

“Yo,
esclavo prófugo que no empuña el haz de su victoria,
no estoy convocado a decidir
sobre el suspiro la lágrima y el miedo.”

CANTO DE LAS CONCUBINAS.

I

Fuiste
bello como la réplica del sol
sobre la espuma de mi sangre

yo,

un espacio ocupado por tu abandono,
una sombra cicatrizándose en el miedo

¿a qué lugar voy a huir
que no tenga la epidermis rasgada por tu nombre,
que no amamante el desdén que se ha filtrado de tus ojos,
que no bifurque el mar con tu respiración en fuga?

Escucha,
Ídolo consagrado a la caída:

*No existe un dios que resarza mis heridas
la vida es un instante que se extingue
así estuvo sentenciado desde siempre*

II

¡Qué mezquinos resultaban los mares
frente a la potestad de tu voz!
¡qué soberbia se enarbolaba tu espada
empuñada con furor!

¡y tu belleza...
¡parecía tañer como el latido de la inmortalidad!

Sobre tu pecho ya no encuerdan
-como mullos desgajándose, infieles-
las risas de las concubinas;

¡ya no regresarás jubiloso!

En el umbral de la ciudad,
antaño cómplice de tu ira,
un canto clandestino devora tu victoria.

III

Con este tiempo desnudo está marcado mi pecho.
La vida ha pesado sus juicios,
los ha pesado.

Conozco
la minucia con que se descargan
de los lomos dromedarios
los tejidos de oropel que cubrirán
a las mujeres de quien trae entre sus manos
la victoria;

he visto
el brillo de los escudos
que han sido labrados con la plata
que se trae desde Tarsis,

y he admirado
los tahalíes de oro de Ofir
que hoy aprisionan la cintura de la muchacha
que amó al guerrero cuyo cuerpo
fue extraviado en la batalla.

Pero no son, sino, formas
que, solidarias con la espera de sus dueñas,
evitan el pulso embalado de una repisa vacía;

vestigios
que, tiernamente,
incitan la inmortalidad de una tregua
que ha nacido
y muerto en la palabra.

Mas yo conozco el llanto de las mujeres de mi casa,
su corazón se ha vuelto una bestia agazapada
en el dolor y la ceguera;
y la hermosura que las cubre
no es más que su lápida.

CANTO DE DAVID
O CANTO A LA INMORTALIDAD PERDIDA

I

Indolentes otra vez,
-o solo, descubiertos por la muerte-
no somos más que territorio
del que se escapan los latidos del cansancio.

hoy
soy quien nunca fui

y,
aunque intente detener este invierno,
nunca encontraré
a quien fuera.

II

Porque no somos
sino, territorio del que se exilia la vida
aunque sonreímos con el hábito de amarnos
-el hábito de la seguridad y del refugio-
solo estamos quemando,
ingenuamente,
nuestros frutos
en tributo
a los ídolos que amamos.

mientras sentimos
que se agiganta el mundo con los sueños
gota a gota, como él mar herido por las olas,
nos huye la vida.

III

Pero,
¿te has fijado, Absalón,

que los hombres que atestiguan esta guerra ocultan la incertidumbre
de la gloria y la derrota?

Y tú,
¿Aun intentas simular que,
bajo nuestras pisadas,
el mundo y sus esmeros no han seguido
inmutables su marcha?

IV

Y si se repiten los días
¿podrás evadir la espada fementida de Joab
y escapar abrazado a tu corcel?

Yo te digo que no
porque
antes que fructificara el rencor
ya habías muerto,
como otros hombres que no hallaron su indulto
entre la guerra y la esperanza,
como todos los que entregaron sus armas
frente a una sola amenaza

V

Sé que la felicidad es un mar imposible,
que el hijo de hombre disfraza el presente con los rostros
de la ventura ofrendada a sus fantasmas.

Sé que el hijo de hombre incinera su vida;
que sus fuerzas están ancladas a sus caricias
ayer embalsamadas con el miedo.

Pero tú,
también hijo de hombre,
que conoces las lenguas de los dioses y las bestias;

tú,

dejado en prenda
mientras dura la ceguera de estos años,

has visto a lo lejos incendiarse los bosques
con el fragor de la luna
sometiendo el aroma de otro cuerpo
hecho de barro como tú

VI

Tras la cortina de la tarde,
como un monte de duda,
se divisa el sitio donde yace tu cuerpo
royéndose,
también,
por la fatiga

Y no me inquieta la atracción de lo yerto
aunque dore, amoroso, el sol
-filtrándose
por las estrías de las rocas-
tus huesos.

Ayer
¿Quién se negaría
ante la húmeda seducción de tu mirada,
aunque la convocatoria fuese
en pos de estas jornadas de injuria?

Y no me atrae el dominio quieto de lo muerto.

A esta hora
-aunque otra vez golpea el olor del desamparo-
se ha impuesto un tiempo que alienta la huida

La herida apunta al sitio donde,
remisamente, el sol
va despertándose.

EL CANTO DE LA HÉGIRA
Bilgis a Salomón

*A ti te digo, mujer
-que eres capaz de despertar el mar con un susurro
y con un grito el universo-
regresa a tu orilla,
cubre tu piel horadada por la espera.*

*Llega el día en que cada uno
ha de tomar los vientos en su propia vela
y ha de olvidar,
cualquiera sea,
el fin con otro inicio*

*Ya la noche ha levantado su párpado
y avanza sobre mí el dolor
de las manos que no tengo,*

*pero,
a ti te digo, mujer
-que caminas en la aurora-
como roe la rutina el corazón del hombre,
tienes los pies hundidos en nostalgia,
recoge tu voz
apostada en la garganta*

y vuelve.

I

He escuchado tu nombre
lo ha traído el eco de otros pueblos,
cuando la tarde se inclinaba a besar las montañas
yo iba en busca de otro tiempo.

Me han dicho que has construido, sobre la aurora,
un manantial de dones inciertos;
que tienen tus ojos el resuello de los siglos
y tus labios, un caudal no descubierto.

He habitado los desiertos y he conocido los valles,
pero siempre invadida por el ansia de tus tierras
sin embargo,
no poseo sino el golpe del viento sobre la arena
y el deseo de Sión que oí en tus labios.

Por eso he golpeado tu puerta.

Pero me has recordado que las caravanas
de mi pueblo no detienen su viaje,
y que las caravanas de mi gente no descansan
y los desiertos
cubren de olvido sus pisadas

II

No haya juicio

¿Qué hombre no vaciló ante el espejo de la duda?
También la duda se ciñe a la dicha
como las sombras a la existencia de los cuerpos.

Nada hay más cierto que la finitud de la belleza
y las glorias del amor
son el embrujo de un momento.

Confirmo que no somos
aunque te ocupes en decir del amor
que es eterno

III

Fuimos hemisferios poblados de retazos:

Tú, miscelánea interminable del recuerdo
Yo, laberinto heterodoxo del verbo

-jamás pude escapar de tu silencio-

Hubiera podido
convencerte que tu Dios,
desde el principio de los tiempos,
rompió su alforja de estrellas dentro de mi pecho
-pero me han perseguido
las maldiciones de mi madre y el desprecio de tu raza-

Pude haber cantado tus proverbios
abrazada mansamente a tus rodillas
-pero te empeñaste en azotar
mi rostro con el grito de otros nombres-

¡Jerusalén!

Hubiera caminado siete siglos en tus sueños
y sembrado tulipanes en tus cielos
¿por qué siempre habías de recordarme
que la voluntad de mi pueblo
es que sea peregrina
y que sus caravanas deleitan tus cristales
con su viaje?

IV

Sobre el espejo,
has encendido un candil
y he mirado con cansancio
una multitud
sin cuerpo

Sintiendo el viento
lastimado por el graznido de los cuervos
vi tu sombra perdida caminando hacia la puerta,

mas, yo cumplo mi encierro
las aves de la noche alzan su vuelo
y las estrellas
más lejanas
guardan silencio.

Hay un espejo al otro lado de estas tierras
oculto e incierto
como el rencor y el olvido.

Su azogue ha deslumbrado a la inocencia,
y, tras él,
las naves que surcan, blancas, las aguas
no habrán de regresar
para que tú,
hijo de hombre,

entristezcas tus anhelos más preciosos con su ausencia
preguntándote:
¿qué habrá tras el mar, qué me ocultan sus promesas?

He de verte,
hijo de hombre,
perecer frente a tus miedos.

Índice

1.-El fruto del Paraíso

1.1.- La gran osadía	00
I. Y el mar se durmió	00
II. Extendió la mano hacia las sombras	00
III. Hay una estepa	00

1.2.- Canto fundacional

I. Las calles se abrazan a la efervescencia del tiempo	00
II. Esta es la tragedia:	00
III. El tiempo es un ardid que ha sembrado entre nosotros más silencio	00

1.3.- Adán

Canto al ser consciente	00
I. Somos residuo medido	00
II. Tu nombre se confunde	00
III. ¿Y qué importa, entonces, ya la solemnidad y lo perfecto?	00
IV. Tu figura se funde con la noche,	00
V. La muerte ha estado cerniéndose como un manantial entre las rocas,	00
VI. Me estremece pensar en el sepulcro	00

2.- Presagio y muerte de Absalón

2.1.- Coloquio de Absalón	00
I.- Nadie sabrá que el perfil de tu rostro	00
II.- Hay hombres	00
III.- Por eso	00

2.2.- Canto de David

I.- Para ti,	00
II.- Tu nombre es felonía,	00

III.- Sobre el borde de mi mesa,	00
IV.- Habrá algo que consuele la tristeza guarnecida	00
V.- Junto a la puerta de la ciudad	00
VI.- Es nuestra hora.	00

2.3.- Canto de las concubinas.

I.- Fuiste bello como la réplica del sol	00
II.- Qué mezquinos resultaban los mares	00
III.- Con este tiempo desnudo está marcado mi pecho.	00

2.4.- Canto de David o Canto a la inmortalidad perdida

I.- Indolentes otra vez,	00
II.- Porque no somos	00
III.- Pero, te has fijado, Absalón,	00
IV.- Y si se repiten los días	00
V.- Sé que la felicidad es un mar imposible,	00
VI.- Tras la cortina de la tarde,	00

3.-El canto de la hégira

A ti te digo, mujer	00
I.- He escuchado tu nombre	00
II.- No haya juicio	00
III.- Fuimos hemisferios poblados de retazos:	00
IV.- Sobre el espejo	00

Este libro
se terminó de
imprimir
en el mes
de mayo del 2015
en los talleres
de Imprenta Dikapsa
de la ciudad de
Otavalo - Ecuador

